

DIOS JUEGA A LOS DADOS

Marco Tulio Aguilera

Quand je considère l'ordre mathématique qui se révèle au coeur du réel, ma raison m'oblige à dire que cet inconnu caché derrière le cosmos est au moins une intelligence hyper-mathématique, calculante, et, même si le mot n'est pas très beau, relationante, de sorte qu'elle doit être de type abstrait et spirituel.

Dieu et la science, Jean Guilton

Cada día se descubren más y más genes homólogos entre los gusanos y las moscas, entre las moscas y el ratón, entre el ratón y el hombre...

La tautología darwinista (inédito), Fernando Vallejo

El umbral crítico comenzó a partir del instante en que emergió lo que los hombres mismos —seres que resultaron de un viraje del programa— dieron en llamar conciencia. Antes, la Tierra había pasado por diversas etapas, concertadas por una especie de armonía natural que servía de música de fondo y sustentaba los cambios aparentemente caóticos. Islas, continentes, climas, especies, aparecían y desaparecían con la impiedad y tersura con que se aquieta el agua de un pozo tras la desaparición de la piedra.

A mí se me había ocurrido —antes de echar a andar el experimento— que el juego de fuerzas naturales, ya practicado en otros programas, no era suficiente y que si giraba con levedad el volante del plan y establecía una mínima variante, podría hacer que de la materia surgiera algo diferente, acaso superior, como efectivamente sucedió. Pasados algunos siglos en los que hice experimentos con especies relativamente exitosas, y después de haber puesto en circulación a las dos grandes maravillas del

programa, las cucarachas y los ratones, di con los monos, que parecían los más curiosos de cuantos seres hayan salido de mi arte combinatoria. Los monos asumieron una vida menos orgánica y más cercana al juego de transmutaciones que es el pensamiento conceptual. Luego se desencadenaron los acontecimientos: la invención de la palanca y la rueda, del poder del vapor y de la energía nuclear, la ingeniería genética y la ambiental (*pero todo, desde el trazo del humo de una fogata en el aire calmado hasta la sombra del vuelo del águila sobre el bosque de su presa, estaba previsto*).

Revisando los archivos muertos encontré en el *New York Times*, quizá el periódico más influyente de fines del segundo milenio cristiano,¹ en una

¹ Usaré medidas cronológicas propias del planeta que estudio, basadas en la aparición de un hombre de características especiales, cuyo nombre es Jesús de Nazareth, quien fuera centro de una mitología que se concentra en la Biblia, libro del que me ocuparé posteriormente en este informe.

pequeña nota de tercera página del 27 de febrero de 1982, la noticia de que Fernando Vallejo, una especie de caprichoso y huraño sabio universal residente en algún lugar de las vastas planicies del sur de Chile, había descubierto que la capa atmosférica que cubría la Tierra presentaba una coloración diferente en un lugar localizado sobre la Antártida. El mismo Fernando Vallejo (autor de *La tautología darwinista*, libro que convulsionó la ciencia de fines del segundo milenio, inventor de la puica, mecanismo de adaptación de personalidad, y descubridor del peligroso piasolinonox, píldora de satisfacción solitaria no nociva) aventuró la hipótesis de que la coloración estaba vinculada con el hecho de que la capa de ozono que protege a la Tierra había sido rota y que el orificio había ido creciendo, desde su descubrimiento —que en realidad fue hecho en 1956, antes de que se usaran los satélites para fotografiarlo desde arriba— hasta alcanzar las proporciones de entonces.

El 12 de julio de 1990 el mismo Vallejo advirtió que la coloración se había extendido radialmente, cubriendo a toda la Antártida, la Patagonia argentina y el sur de Chile. Gracias al empeñamiento de Vallejo y a la ayuda financiera de Gillette Corporation —por entonces ya comenzaba el proceso que englobaría a todas las empresas del mundo en tres: Coca Cola, Microsoft y Gillette— se logró organizar un congreso que reunió a la élite de los científicos atmosféricos del mundo, así como a una decena de premios Nobel en los campos de la física y la química y a los genios de la inteligencia artificial y la

astronomía. Las sesiones del Congreso fueron a puerta cerrada. Trascendió, sin embargo, que hubo discusiones menos que sosegadas e incluso violentas, pero nunca se supieron detalles sobre la reunión. Las conclusiones hechas públicas fueron tranquilizantes: el mundo no debía tener motivo de inquietud: la nueva coloración del cielo correspondía a un periodo astronómico natural de la evolución de la Tierra, en el cual las partículas y las gotas de agua a las cuales se atribuye el tono celeste, se irían tiñendo de un color rojizo, que tarde o temprano cubriría todo el planeta. De todos modos el cambio de coloración sería tan gradual y las consecuencias sobre los organismos tan leves, que casi nadie lo notaría.

Gillette Corporation desplegó a lo largo del globo la consoladora noticia de que no había peligro, mostrando el cuerpo espléndido de la Marduka, modelo consentida del mundo, bañada por una luz solferina, que más que paz inspiraba inquietudes sin fin.

Vallejo, tras regresar a Arica, se lanzó en contra de lo que llamó una falacia comercial, tras la cual se ocultaba el mismo Lester Gillette, que había hecho su fortuna, según el mismo Vallejo, a costa del deterioro atmosférico global, primero con los clorofluorcarburos y luego con sus sustitutos, los benzo-clonatos.

Según Vallejo el asunto era más grave. La nueva coloración obedecía a cambios a nivel nanomolecular: las partículas atómicas y subatómicas ya no se hallaban separadas por el vacío natural, sino por miles de millones de miles de millones de partículas de existencia

cambiar de coloración, tendiendo al café y luego al azul oscuro, lo que algunos optimistas calificaron de maravilloso mecanismo de adaptación. Pronto aparecería, dijeron, una nueva raza, que desplazaría a la de sangre roja, ya obsoleta y debilitada por siglos de abusos terapéuticos. Esta nueva raza sería más resistente y podría adaptarse con naturalidad a las condiciones emergentes. De hecho comenzó a crecer una tendencia optimista, según la cual el planeta en su conjunto, a nivel macro y microcósmico, tendría sistemas de equilibrio. Según los optimistas no importaba cuánta depredación causarían al hombre o los desastres naturales, siempre se iba a regresar, tarde o temprano, a formas originales, que restablecerían la naturaleza a su estado primitivo. Para apoyar esta tesis, el Partido de la Renovación, en Brasil, entre el 2300 y el 2320 intentó repoblar con fauna y flora clonados y con materiales genéticos sujetos a programaciones de varianza controlada, lo que había sido la antigua Amazonia. El resultado fue que se alteraron los ciclos vitales de todas las criaturas, así como los regímenes de lluvias y el clima, con lo que se terminó de convertir lo poco que quedaba de vegetación en un yermo apenas cubierto por cycadofitas y habitado por ratas de campo.

Los habitantes del hemisferio norte leían las noticias sobre la coloración del cielo, las nuevas enfermedades y la desertificación de toda África y parte de Sudamérica, con cierto escepticismo y con algo del ánimo con que veían las películas ambientadas en regiones exóticas. Desde las universidades de Alaska y Nueva Inglaterra se seguían financiando estudios, no muy serios, sobre el asunto.

El doctor Vallejo comenzó a ser personaje mundial, hazmerreír para unos, profeta para otros, vestido en una especie de traje espacial, bajo un paraguas integrado a su nuca, que le servía de barrera contra el sol asesino de Arica. Hubo todo tipo de productos que proliferaron bajo del nombre científico, sin que éste se ocupara del deterioro de su imagen.

La alarma cundió verdaderamente en Norteamérica cuando en pleno Calgary, apenas a unos kilómetros de la frontera con Estados Unidos, apareció el primer afectado por la Chagas Motzorongo. Entonces toda Norteamérica miró el cielo y vio la sangre. Pronto se supo: el agujero de la Antártida era 100² kilómetros menor que el del Ártico, que cubría todo el Mar del Norte, la mitad superior de Canadá y las desoladas e interminables islas que conforman el norte de Asia y el Estrecho de Bering. Si todavía no había habido en el hemisferio norte consecuencias similares a las de la Antártida era porque la capa se había adelgazado, pero por alguna razón no terminó por romperse sino una semana antes del mismo día en que apareció el primer caso de Chagas norteamericano.

Entonces comenzó el alud de noticias, que fueron concatenándose para llevar a la conclusión de que el mal, a escala terrestre, era irreversible. Entre el año 1995 y el 2100 —Vallejo falleció de un Chagas benigno en el 2120, tras cumplir 185 años de edad, y de él sólo quedó su nombre en varias naves espaciales, universidades y bibliotecas y el apelativo de Padre del Apocalipsis— el agujero de la capa de ozono se extendió a casi toda la Tierra y el cielo asumió un

color café oscuro, que reverberaba constantemente, en especial al mediodía, causando el efecto de una incandescencia que privaba de la vista a cualquier persona que se expusiera sin protección. Se extendió el uso de gafas de carbón en cristal, así como de trajes especiales que cubrían todo el cuerpo con un material hecho de asbesto texturizado. La enfermedad del Chagas aumentó a una tasa de 0.05% diario durante varias décadas y la ceguera atmosférica dejó sin vista a ciudades enteras. Había zonas privilegiadas, en las que la Tierra seguía prácticamente intacta y ello alimentaba el viejo mito de los pueblos elegidos, que dio origen a varias deidades, todas fugaces y feroces, como las partículas del fingido vacío.

Y sin embargo, tal como se presentaban los acontecimientos, nadie podía estar seguro. Ya en 1997 se había hallado que el Círculo Polar Antártico estaba rodeado por una fosa de 800 metros de profundidad, que hacía 20 años no existía. Para el 2155 se acabaron de derretir el Ártico y el Antártico y desaparecieron todas las ciudades costeras. Luego las que se hallaban en altitudes medias (*pero todo estaba previsto, hasta una mirada de soslayo que desencadenó una guerra balcánica que eliminó sumariamente a diez ciudades y sus alrededores, dejando un lunar calcinado en el que no volvería a crecer la hierba durante trescientos años*).

Se salvaron las ciudades erigidas en las alturas: Bogotá, La Paz, Banff, Gran Can, situada en los Himalayas. La corteza terrestre que sobreaguó estuvo sometida a lluvias torrenciales que duraban meses. Había tal humedad en el

ambiente que hubo lugares en los que los habitantes respiraban iguales porcentajes de agua y de oxígeno.

Todo esto no impidió que la ciencia siguiera desarrollándose, particularmente en un centro refundacional, creado en torno a Bogotá. Allí, financiados por el mundo entero, vivían hacia el año 2040 un grupo de científicos cuya misión exclusiva era investigar la forma de frenar la evolución degenerativa de la Tierra e intentar regresarla a los tiempos en que había suelos labrantíos, sol agradable, ciudades habitables, cultura y bienestar. Uno tras otro, año tras año, se presentaron planes para salvar el planeta. El doctor Klingman, de la Academia de Ubekistan, en el 2048, sugirió que se proyectara, por medio de ondas computacionales, una pantalla que serviría de paraguas contra el sol mortal. Según él, los hombres podrían aprender a respirar el nuevo aire, siempre que estuvieran protegidos de la radiación. El doctor Arrom, de la Cuba Continental, en el 2050, fue mucho más allá y ofreció un proyecto francamente alocado: sacar a la Tierra de su órbita y ponerla en lugar de un satélite de Venus, que sería previamente desintegrado. En dicho satélite, llamado Vallejo I, los astronautas filipinos habían hallado agua y una especie de oxígeno primitivo que al principio se respiraba con dificultad, pero que luego de un proceso de adaptación resultaba excelente. La dificultad radicaba en que la Tierra tenía que seguir rotando durante el traslado y ello requería más combustible del que generaban todas las plantas atómicas existentes.

Ni estos planes ni otros 6000, que constan en las Actas de Bogotá, fueron

aplicados, no porque se tratara de empresas totalmente impracticables. Nada en realidad era imposible, desde que comenzó la ciencia llamada Manipulación Cósmica, que permitía que un niño, en su habitación, con una computadora personal, trasladara planetas, estrellas e incluso galaxias de un lado a otro del Universo, siempre que supiera una serie de treinta comandos, en los que se incluían caracteres de la mayor parte de las lenguas muertas. De hecho este deporte era practicado en secreto por media docena de entes, que se reunían con sus peones a modificar alegremente el Universo, respetando eso sí una regla básica: no estaba permitido hacer ningún movimiento de cuerpos estelares que estuvieran en el radio de 10^{50} años luz de la Tierra. Los peones tenían la peor parte, que era teclear en las computadoras, sin un solo error, los 30 comandos, en los cuales estaban incluidas 20 000 letras y caracteres del maya, arameo, latín, inglés, bajo sajón, uru y otras lenguas muertas.

La noticia de que algunos entes estaban jugando con el Universo se filtró hacia los paneles virtuales en todos los hogares y el mundo entero supo que las diversiones de esos locos entes no eran inofensivas por una razón que podría entender un niño de tres años: si no era posible mover una hoja en un extremo del planeta, como decía aquella famosa Biblia e incluso muchos científicos afirmaban, sin alterar el resto de la Tierra, menos se podía mover o hacer chocar galaxias en los confines del Universo, sin que tarde o temprano, la Tierra misma se convirtiera en una hoja al arbitrio del viento huracanado de las explosiones estelares.

Los regentes respondieron no sin razón que el argumento tenía cierta lógica sentimental, muy comprensible, pero que aquellas galaxias estaban tan distantes, que pasarían miles de miles de millones de años, acaso el infinito entero, tal vez la Tierra moriría una y otra vez, antes de que llegaran los ecos de esas travesuras a las inmediaciones del Sistema Solar. Y en cierta forma los entes no se equivocaban, si consideramos los limitados parámetros y el tiempo asignado a cada creación: por aquellos días se estimaba que la edad del Universo era de apenas 25 mil millones de años, lo que representaba una fracción insignificante comparada con el tiempo estimado para que los perjuicios que ocasionaban los juegos de azar cósmicos de los entes llegaran a los límites de la Vía Láctea.

De una u otra forma los entes fueron transferidos a una estación en la Tierra Inestable, construida en lo que en otro tiempo fuera el drenaje profundo de la Ciudad de México. Como consuelo se les dotó de computadoras virtuales desconectadas de la red mundial, con las que creyeron posible seguir alterando el Universo.

Hacia el año 2200 nuevas condiciones fueron apareciendo en la Tierra. Dos eventos favorecieron que comenzaran a desencadenarse una serie de ciclones, huracanes y tornados que desgarraron toda la costa este de los Estados Unidos, desde New Haven hasta Florida, dejando solamente la hierba, los escombros y las ratas de campo: el hecho de que la superficie del mar creciera 30%, el uso indiscriminado de los benzoclonatos y el sobrecalen-

tamiento de la Tierra ocasionado por el abuso de los combustibles sólidos, dieron por resultado grandes volúmenes de evaporación, situación propicia para dar nacimiento a los Hipercanes o Eolocatoblastos. Por cada kilo de vapor de agua que se condensaba en una nube, se liberaban 540 kilocalorías. A partir del calor generado, aumentaba la temperatura del aire en los alrededores, se provocaba inestabilidad y se apresuraba el ascenso del aire. Comenzaron los vientos, unos ascendentes y otros descendentes, se formaron los ojos de los ciclones, que aumentaron de intensidad hasta el nivel hiperblástico. Hubo vientos que alcanzaron la velocidad del sonido, y fueron tan sorprendentes, que nadie tuvo tiempo de darse cuenta de su aparición. Cada uno de ellos era simplemente una guillotina, que no sólo arrancaba edificios, árboles y cuanto hubiera, sino que levantaba el subsuelo, como si un genio maligno hubiera pasado un cuchillo bajo la superficie de un pastel, y luego hubiera puesto las velitas patas abajo y las entrañas del pastel patas arriba. Uno tras otro se sucedieron los eolocatoblastos durante cien años, en los que el mundo se acostumbró al terror y la indiferencia ante la muerte. Romine, Axel, Doriaan, Janet, Ina, Themis, fueron los nombres de algunos de los hipercanes más célebres y devastadores. Se salvaron las tierras altas aisladas del Golfo de México, donde la ciudad de Nuevo Tenoch había comenzado a crecer. Y se salvaron por un capricho de la naturaleza: estaban protegidas por el Cañón de Campeche, que sirve como una barrera, contra la cual los hipercanes golpeaban inútilmente hasta desfallecer

en lívidas tormentas tropicales (*pero todo estaba previsto, hasta la aparición de una segunda luna, ésta de hielo, que fue captada por la órbita terrestre y que comenzó a iluminar las noches, perturbando las tinieblas naturales y el sueño a partir del 2300*).

Los hechos anteriores obligaron a gran parte de la población sobreviviente de los hemisferios norte y sur a emigrar hacia la ciudad gigantesca que comenzó a crecer a partir de la original Bogotá, y que hacia el año 2450 ya abarcaba cien kilómetros en torno a la Plaza de Bolívar. Casi toda la humanidad conocida se había reunido allí formando un núcleo científico que desarrolló lo que llamaron tecnología virtual. Los seres humanos se mantenían con vida gracias a levísimas dietas de calorías reales y a altos porcentajes de pastillas de hibernación. Los alimentos se cultivaban en laboratorios y se multiplicaban gracias a una especie de clon o duplicador aritmético basado en los principios de la fermentación. Los cuerpos de las criaturas humanas en general fueron perdiendo la movilidad y casi toda actividad fue de orden imaginario. Las especies animales desaparecieron a excepción del cerdo caucásico, desarrollado en Pakistán por un personaje similar a Fernando Vallejo.

Pocas noticias se conocían del norte de América, pero se conjeturaba que la ciudad de Banff, en las Rocky Mountains de Canadá, seguía en pie. Hacia el centro de América, en torno a Puebla, que seguía conservando medio millón de habitantes altamente adaptados, comenzaba la zona de Inestabilidad Terrestre, que muy pocas personas se

atrevían a visitar. En aquel territorio la tasa de terremotos superiores a los 9 puntos en la escala de Richter, era de 2000 al año, mediando el tercer milenio. El resultado fue que ninguna edificación logró perdurar. En la ciudad de México solamente permanecían ocupadas las catacumbas del drenaje profundo, que continuaban siendo usadas como lugar de confinamiento.

Yo fui testigo privilegiado del proceso y conozco paso a paso lo que va a suceder (*todo está previsto*). Lo vigilé y lo seguiré vigilando segundo a segundo en mi máquina de artes combinatorias, sabiendo que todos los esfuerzos de la humanidad son inútiles, pero temiendo y sospechando que en algún rincón de la fatalidad que tan hábilmente he disfrazado de azar, puede estar agazapada la criatura que corrija mi programa desde el programa mismo. Digo "temiendo y sospechando", pero debo agregar otro verbo: queriendo. Ya llevo en este asunto gastada la primera fracción del primer segundo del infinito. He inventado desde la primera alga azul verdosa hasta el más sofisticado antropoide. Una y otra vez he puesto a girar planetas y galaxias desde la explosión original hasta la implosión que deja el vacío a mi merced de todopoderoso señor de las artes com-

binatorias. Y ya me estoy aburriendo. Si un día logro crear todo con absoluta perfección, podré descansar. O tal vez pueda descansar si una de esas incomprendibles criaturas que he creado encuentra la forma de modificar las leyes de la necesidad, y dominando el azar, tuerce el programa de manera definitiva (a veces recuerdo con nostalgia a Fernando Vallejo y quiero repetir este mismo programa para reproducir su existencia, pero sé que es imposible: todo permite su duplicación, menos el tiempo).

Si una u otra alternativa se realizan (que yo logre el programa perfecto o que una criatura del mismo programa halle la variación necesaria) podré descansar. De todos modos siento pena por el destino de este universo patético, al que me he aficionado de manera irresponsable. Me queda la esperanza de que no todo esté previsto y que el universo de Fernando Vallejo no se hunda en la noche de los tiempos, como los anteriores. De todos modos, si este juego sigue sin llegar a ninguna parte, me queda la alternativa extremadamente sencilla: apagar el aparato y echarme a dormir.

*Banff-Xalapa,
25 de febrero de 1997*